

GALERIA DE PINTURAS.

ESCUELA ESPAÑOLA.



(Sacra familia.—Cuadro de Murillo.)

La felicidad, aquel bien de todos los hombres deseado, que por lo comun huye de los que con mas ansia le buscan, abandonando las c6rtés, los palacios, los puestos elevados, las tiendas de los guerreros, los brillantes concursos, donde rara vez se aplaude el mérito, pocas el talento, muchas el vicio, casi siempre la vanidad, suele refugiarse á las rústicas cabañas, á los humildes talleres, á las mansiones sosegadas, retiradas, ignoradas del mundo. No viste oro ni seda, no se adorna con joyas, no ciñe la espada, no empuña el baston; con modesto traje se complace en residir en medio de una familia oscura y pobre, pero honesta, enjugando el sudor del padre de familias, aliviando los afanes de la esposa, acariciando la inocencia de los hijuelos. Mas si adormecidos por los falsos placeres que ha inventado el arte en las sociedades civilizadas, dudamos de cosa tan clara y verdadera, volvamos los ojos al presente cuadro, y al contemplarle sentiremos que desterrado de nuestro corazon el bullicio de las pasiones, sucede en él la calma y la tranquilidad. ¿Y quién produce este encanto? ¿Qué nos retrata aquí el pincel de Murillo? ¿Qué vemos en este lienzo? Un aposento reducido y sin

ornato, la oficina de un carpintero, un niño gracioso y amable que se entretiene en jugar con un pajarito, y se sonrie levantándole en alto con su manecita, para que no le coja un perrillo; una jóven en quien se observan dibujadas la pureza y el candor, que ocupada en las labores de su séxo, aparta de ellas un momento la vista para deleitarse en las gracias de su infante; un varon, cuya gravedad infunde respeto, el cual descansando de su tarea, abraza cariñoso al mismo, como á centro de sus delicias. Ved pues ahí el ejemplo de la dicha doméstica. Pero todavía fue mas sublime el pensamiento del artista. No contento con llamar sobre este punto la atencion de los filósofos, quiso dar á todos mas importante aviso. Ese niño es el Hacedor del universo, que bajó del cielo á la tierra para ensalzar á los hombres de la tierra al cielo; esa muger la Virgen que llevó en su seno al Hijo del Eterno Padre; ese artesano el descendiente de David, á cuyo zelo fueron encomendados los años pueriles de Jesus, y los juveniles de María. Y esa familia la mas digna de veneracion que ha habido y habrá en el mundo, á quien la sangre Real que corria por sus venas convidaba con el

trazo, aparece en estrecha y desnuda morada, sin aparato, sin guardias, sin séquito, sin acompañamiento, dedicada á un oficio mecánico, y á trabajos caseros, que apenas interrumpe algun sencillo recreo, y en medio de su pobreza poseedora del mas rico don, que puede conceder el cielo. ¿Qué mas hemos de decir? ¿ó qué mas tuvo que hacer el pintor? Hizo una composicion bellísima cuyas menores prendas son la correccion del dibujo, la verdad y jago del colorido, el acierto en el claro-oscuro, producido sin artificio por el debido contraste de los colores locales, y por la graduacion de la luz en estos; el buen arreglo en los ropages sin mezquindad, la robustez y empasta del pincel. Es una de sus mejores obras, que por su sobresaliente mérito fue llevada á París al museo Napoleon en la guerra contra Bonaparte, y que restituida á esta Corte, está en el Real Museo, espuesta á la vista del público y á la admiracion de los inteligentes. Tiene 4 pies y 11 pulgadas de alto, y 6 pies y 9 pulgadas de ancho.

ARQUEOLOGIA.

ARAS AUGUSTALES EN EL CABO DE LA ISLA Y EN EL CABO DE TORRES EN ASTURIAS.



Al invicto Dios Augusto (Octaviano) la legion erige Ara ó Templo en Seronto. Al invicto Dios Augusto dedícala la Pleva serontina con el Presidente Paterpatrato (Sexto Apuleio Presidente de los tratados de paz y alianza) de la legion militar (séptima gemina) ó de mar.—Pertenece al año 25 antes de Cristo, 13 de la Era octaviana ó hispánica, según la mas probable computacion cronológica.

Entre los diferentes objetos encontrados en el lugar de la Isla del Concejo de Colunga, provincia de Asturias, lo es una Ara con la inscripcion que antes de copiarla; descubrimiento tan importante viene á enriquecer la historia de unas guerras, y los sucesos de unos tiempos perdidos en la confusion de 19 siglos, con menoscabo de las glorias que alcanzó nuestra patria. Aunque por la injuria de los tiempos con dificultad se conocen las letras, y se gastaron algunos del todo que resistir no pudieron nuestra ingratitud y desprecio, hay todavía exactitud en aquel génio, aire y propiedad, tan necesarios para calificarlas de legítimas y genuinas, ó por el contrario. La letra es de forma mayúscula, larga y estrecha, trazada si se quiere sin pulimento, pero con limpieza, claridad y magisterio: es verdad que la mayúscula romana tuvo su mayor perfeccion en los tiempos de Augusto, y que empezando desde los conocidos y seguros, no se usaba otra en las inscripciones y medallas, con muy rara escepcion. Hay falta de ortografía y buena latinidad, de lo que poco se cuidaron los autores de inscripciones en todos tiempos: se encuentran como en todas muchas puntos con mezcla de letras diferentes; se invierten los casos y los tiempos, las concordancias, géneros y declinaciones, por vicio, incuria, ó mas bien gusto de aquellos tiempos, porque se puede responder con las mismas inscripciones lapidarias, y con muchos ejemplos de escritores eruditos, como Platon, Terencio, Ciceron y otros. Pero yo consigno un documento que adelanta mas: en el corto estudio que he hecho de la lapidaria, no he visto otro que nos diga que la facultad ó elegancia de la poesía italiana de suprimir letras, y de usar de un estilo figurado, era propiedad de los famosos tiempos de la floreciente y pura literatura de los esclarecidos escritores de aquella antigüedad: entiendo que Austo por Augusto, legien por legio ó leo, plevn por plevis ó pleve, paterpatratum por paterpatrato, leone por legione, es un chapurrado, una licencia que se tendria por elegante, pero siempre una corrupcion de lenguaje tales abreviados y discordancias. Opina el crítico Masdeu, que la mala latinidad es el efecto de la corrupcion que padecieron las letras desde el año 60 antes de Cristo; el estilo malo de repetir en un mismo periodo las mismas palabras le introdujo Fabiano Máximo, y son consecuencias de la peste literaria de aquellos tiempos, como lo atestigua la historia; que si insignes escritores hubo entonces, los introductores de un hueco y pomposo estilo afectado, y el comun de las gentes, no poseian un lenguaje tan puro como generalmente suele decirse, del siglo de las luces, en tiempos del grande Octaviano: pero en todo esto conviene formar un juicio prudente, y no decidir en materias en que tan divergentes andan los historiadores, sin un escrupuloso exámen y circunspeccion. Para mayor claridad é inteligencia, y que no sorprenda la mala latinidad, me ha parecido conveniente dar previamente esta breve noticia de los progresos y decadencia de las letras, consultando las diversas opiniones según mis débiles alcances.

Dada esta idea general de la letra y del estilo, cor-

responde entrar por partes en la significacion de algunas palabras; porque cuando son oscuras, preciso es vencer las primeras dificultades, y abrir algun campo á la explicacion, que preste el convencimiento de la autenticidad y mérito literario. La inscripcion empieza con el verbo *ponit* de la oracion que le precede, gravada en otra piedra, que tal vez ajustaba con esa segun el hueco que se advierte; ella seria otra dedicatoria, interesante para la mas puntual inteligencia del origen y recuerdos de un Ara, que por lo menos contenia tres diferentes ofertas; tengo porque la cosa que hace, en la oracion, es Legien y Pleven con n, y la que padece con m final: esta diferencia que advierto del nominativo al acusativo, y esa mala disposicion de los términos y concordancias, no siendo propiedad de idioma del Latio, es una corrupcion en el estilo figurado, poco común, acaso nuevo para la historia, que dificulta la traduccion, tanto que no sé decidirme por esta otra. Al invicto Dios Augusto erige Ara ó Templo la legion Fronto. Al invicto Dios Augusto dedica su pleve con el Presidente Paterpatrato (Sexto Apuleio) de la legion de Mar, ó del Municipio de Leon, aunque yo estimo mas propio y usual *Leone Militum*, si bien es cierto que Leon fue Municipio de los Asturos: así bien, lepiden (lápida) Serrato, ó Fronto Aram, porque hubo un Lucio Cornelio Fronto ó Fronton, domviro de la colonia Julia Celsa, por los años del 25 al 19 antes del Redentor.

Como para comprender los fundamentos de mi opinion indeterminada, y que mas entendidos investigadores de la antigüedad puedan formar de ella un juicio exacto, todavia se requiere un exámen del conjunto de los nuevos descubrimientos; y para que este exámen sea tan cabal como exige la gravedad de la materia, preciso es hacer un ligero bosquejo de la situacion, de los sucesos y de los tiempos á que hace referencia, y concluiré formando una combinacion de ideas entre las novedades de suma importancia que tan clásico instrumento nos revela, y las que tenemos consignadas en respetables crónicas. Para resolver las cuestiones que resuscita memoria tan importante, creo ante todo deber examinar el teatro de algunos vestigios, y mas particulares que presten la luz; y fijada en lo posible la opinion, descender á analizar en particular cada uno de ellos. Por una constante tradicion, cuéntase entre los naturales de la Isla, de una poblacion Romana que ha desaparecido de aquel suelo, sin aviso y con duelo de la historia, por la condicion de la guerra, ó inundacion por desborde de la mar: así lo dejan entender todas las apariencias, que por no haberse practicado alguna escavacion importante, dejan de comunicarnos mas clara luz. Un peñon circundado de mar, y de cimientos de robustos muros, que es un óvalo de 200 pies de diámetro, conserva el nombre del Castillo, y se ostenta magestuosamente contra la bravura del Océano Cantábrico en la embocadura de la ensenada: dicen que en baja mar se advierte un camino, que en mi juicio son cimientos del muelle: á la orilla cubre la tierra otro de fábrica de Romanos, y he visto escombros en abundancia de la

argamasa de ladrillo machacado y yeso que ellos usaban. Fijaron mi atencion dos columnas de piedras, sin otro ornato que un listeto ó filete en el scapo que forma la pestaña del pie, y por esta disposicion contempló su proyectura mas propia del orden toscano ó sea romano: así mismo el vestigio de una planta elíptica bajo la pared de la Iglesia, y algunas grandes losas piramidales: mucho partido se podria sacar para la historia de una escavacion que permitiese dar toda la latitud que merecen estos trabajos. A un paseo de la Isla está la Spasa y el lugar de Guerres, nombres propios del idioma romano, acaso corrupto con el del país, que suele mudar la a en e, como en las guerras las guerres, las montañas les montañes etc.: pero lo mas atendible es que la inmediata concha de Lastres, goza de una ensenada preciosa para abrigo de las naves y galeras, y en sus cercanías corren los pequeños rios Astura ó Astuera, y Griega; y aunque mi juicio en las graves é importantes tareas, cuyo exámen me pusiera la pluma en la mano, huye con esmero de poner el pie en el terreno resbaladizo de las conjeturas con que fuera vano querer persuadir; delante de los hechos palmarios, los raciocinios enmudecen, y yo con ellos me encuentro lanzado en una combinacion de ideas, que fueran respetables á los mismos que trazaron nuestra historia. Si esta no ofreciese en sus fastos hechos que corroboran mi pensamiento, muy clásicos podria suministrarlos el trazo geográfico con el periodo histórico de las Aras Augustales ó Sextianas que voy recorriendo entre la incertidumbre y la oscuridad lamentables con que le adujo la historia, y la veneracion que profeso á la sabiduria de sus autores. Como por algun hecho notable es de creer fue erigida esa Ara ó Templo al Augusto Octaviano, si es un ornamento para la historia de sus fastos triunfales, todavia lo es de gloria imperecedera para los héroes Cantabros y Asturianos, que con un reducido ejército sostuvieron con denuevo una lucha desventajosa de 200 años, contra el inmenso poderío de todo un Imperio Romano, y sus bien dirigidas huestes.

Para poder juzgar bien de las cosas, se hace preciso comenzar por ofrecer un cuadro abreviado, pero lo mas exacto posible de los sucesos históricos, mas ó menos auténticos, conforme los produce la historia contemporánea y la moderna. Concuerdan estas en que en el año 25, antes de la Era cristiana, recibió el poderoso Octaviano en Tarragona la plausible nueva de la conclusion de la guerra cantábrica que le habia sacada de Roma, y su amor propio fastidiado; y aunque por lo general dejan entender, no con tanta seguridad como con prez y gloria de las orgullosas ógnilas, que alguna batalla sobre el rio Astura decidió por ellas la suerte de las armas, alguna sienta con fundamento, ó mejor criterio, que la paz se ajustó por tratados de alianza. Por tan fausto acontecimiento erigió el general de la armada Sexto Apuleio en la costa Cantábrica en honor de Augusto, las Aras que de su nombre llamaron Sextianas; pero divergentes aquellas por falta de datos sobre el punto en que las colocó, el V. P. Mariana determina un peñon cerca de Gijon, por consecuencia de algun

vastigio, ó ara de Romanos, de que tuvo noticia: nada de positivo sobre esto, ni la menor noticia de las inscripciones de estos interesantes monumentos, levantados por aquel jefe de la armada que partió desde Francia á auxiliar, y tal vez destruidos por los Asturianos cuando volvieron á las armas, ó por los Suevos que arrojaron de las faldas del Suevo la dominación del Romano. En el año 2.^o del sucesor Tiberio, dióse permiso para la erección de templos al Dios Augusto; pero el erudito Masdeu no va descaminado cuando afirma que de antes se le tributaba culto en España de por vida, á perpétuamente; consignado está auténticamente por testimonio de las Aras de ahora, la irrevocable fianza de un aserto aventurado por el docto escritor. Insiguiendo la descripción histórica y geográfica, parece poco dudosa la fatal pelea con los Asturianos en las cercanías del río Astura, pero no tan asegurado que ese río fuera el Esca en Castilla, porque dados estos antecedentes, y sin otro apoyo esta idea, se deja conocer cuán complicado y difícil sería que los héroes de una guerra continua de dos siglos fueran á esperar al enemigo triunfante, poderoso, aguerrido á los llanos de Castilla, dejando un país naturalmente fortificado; que las fuerzas marítimas atravesasen las impenetrables montañas de un suelo enemigo para auxiliar en Castilla; que los memorables monumentos de la paz, ó del triunfo, se situasen en las costas de la mar por el capitán de la armada Sexto Apuleyo, y no en el campo mismo de la batalla, por el de tierra. Con mas probabilidad de razon se deja comprender que allí donde estan situadas las Aras dedicadas al Dios Augusto por el general de mar Sexto Apuleyo, donde con las legiones de marina podía prestar auxilio y maniobrar, y donde hay memorias que hablan y debemos respetar, ordenaron los ardorosos Asturos, y denodados Cántabros sus huestes para una batalla que los redujo á otorgar unos tratados de paz y alianza con el dichoso como cansado Romano, sin resultar vencedores ni vencidos: debiendo creerse que por ello mereció ese título de Presidente Paterpatrato, que tanto quiere decir como presidente de los tratados de paz y alianza, haciendo referencia á Augusto, ó á su capitán; y que por ellos se reservaron la facultad de regirse por las leyes de la patria, si la inicial M con que concluye la memoria se extiende municipio, que tanto vale este privilegio de que gozaba Leon de los Asturos. Escrita la historia con suma mayor de erudición, no me permito rectificar un período, que es elarido y casi afianzado con estos luminosos conocimientos, remito y someto á la decision de mas ilustrados arqueólogos: es lo cierto que desde esos tiempos y ocasion, concluida la memorable guerra cántabrica, quedó sometida toda España; ornó de olivas y laureles, engrandeció á su conquistador; le colocó entre los dioses del Olimpo; le erigió Aras, y tributó culto á un hombre admirable que, con su política y presencia, habia conseguido lo que no el poderoso Julio César, los Pompeyos y Scipiones en mas de dos siglos de cruda guerra que sostuvieron aterrados con la valerosa Cantabria: el recuerdo de los heroicos hechos de aquellos días no podrá menos de servir de estímulo

y emulacion en todos los tiempos á los hijos de aquellos que por ídolo adoraron la independencia de la Patria.

Aventurado sería por cierto pronunciar un juicio definitivo sobre una memoria tan abundante en novedades históricas, que es un hallazgo sin precio para reformar ó ilustrar las ideas emitidas con aquella incertidumbre que empaña el brillo de unos acontecimientos, tanto mas interesantes á la pálida historia de nuestra siempre heroica patria, cuanto pertenecen á los mas ilustres y oscuros tiempos de una remota antigüedad; mas, opínesse como se quiera, la honra de nuestros hechos busquémosla entre nosotros, no es la de los extranjeros; la cuentan tantos despojos, la proclaman y encierran muchos escombros. Existiendo que el literato Masdeu, en su historia crítica, cuenta de varios Saguntos que hubo en España con muy símiles denominaciones, y que una ciudad era la Seronto, Serontia, ó Sagontia Celtivera, en el territorio de Gijón, ó Gijón, no puede negarse que hay verosimilitud de haber encontrado en la Isla de Colunga las ruinas de la antigua Seronto, y semejanza entre los nombres de Gijón y Gijón, con la febaciente escritura en ese monumento histórico que lo acredita con evidencia de verdad.

Desde que en la Isla, la Ara del Dios Augusto, se presentó á mi vista, escoló en mí el deseo de averiguar si será una de las Sextianas que simbolizaron la paz del mundo, tapiaron el templo de Jano, y divinizaron á Augusto: pero limitáronse unos autores á decirnos que estaban en un peñon no lejos de Gijón, otros que dudan ó ignoran la situación, y el ilustrado Masdeu reprocha á los Asturianos la incuria de haberse estraviado de la historia la importante memoria que conserva los hechos, y contribuye á aumentar la gloria de sus proezas.

Mas cuidadosos los Sres. Condes de Marcel de Peñalva, solícitos acudieron á mi anhelo con la grata noticia de que se halla recogida en la Capilla de su Palacio de Carrión, la Ara Sextiana del Cabo de Torres cerca de Gijón, muy nombrada en la historia, pero en las colecciones de memorias lapidarias olvidada; y tuvieron la bondad de proporcionarme del mismo original este exacto traslado.

M P CEASARI AVGVSTO DIVI . I
COS XIII . IMPXX . PON . MX
PATR . PATRIAE TRIB . POT . XXXII

SACRVM

Presuponiendo que las versales M P con que empieza la primera línea, espresan Magno Pio, que Casari Augusto etc, la mas probable inteligencia en mi juicio es esta: Templo, ó dan sagrada al grande y piadoso César Augusto (Octaviano), hijo del Divo (Julio César), Pontífice Máximo, Padre de la Patria, exornado con el décimo tercio consulado, con veinte aclamaciones de Emperador, en el 32 de su potestad tribunicia; pudiendo seguirse en las dos líneas, cuyo contenido llenó con puntos, por ser en la lápida desconocido el nombre del oferente, tal vez Sexto Apuleyo, si es Ara Sex-

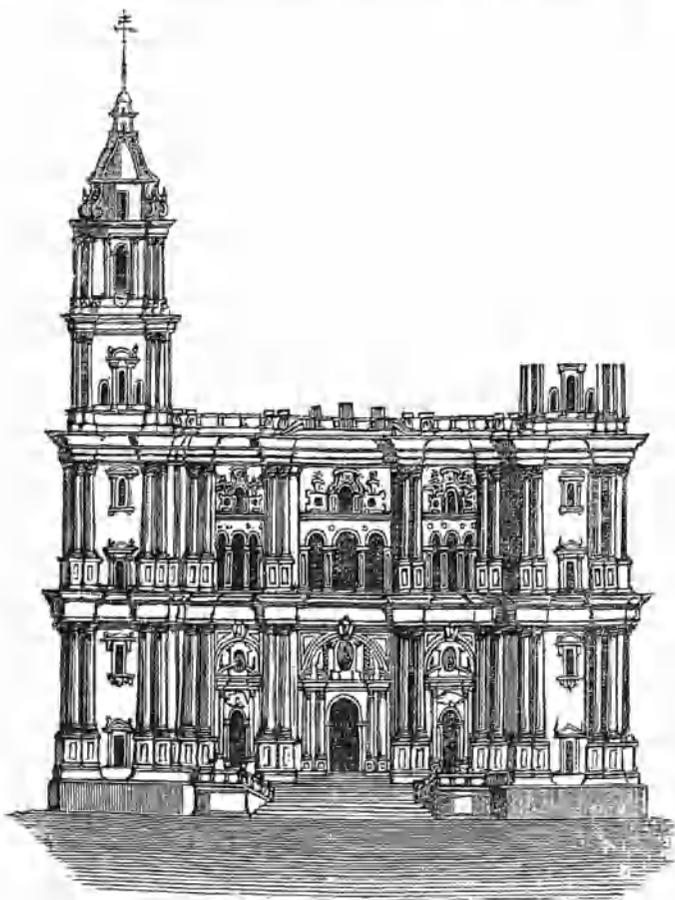
tiana como quiere entre otros el B. Mariana, ó bien conforme al uso comun, *decreto Decurionum ó Tiberi ponit sacrum*. Octaviano fue proclamado Augusto, 27 años antes de Cristo; y padre de la patria, dos antes del nacimiento del Señor: el año segundo de la Redencion obtuvo el décimo tercio consulado, y la potestad tribunicia 23 antes del Mesías: 32 contaba de esta dignidad, y en esta razon la Ara corresponde al año 9 de la venida del prometido: en el 34 de la era de paz, si Sextiana puede ser, á nombre de Apuleyo pudo haberse en mi concepto erigido; aunque no estaria del todo mal, entendido al principio que la ofrece Marco Petronio, que en primeros de la Era Cristiana fue Duumvíro: pero este monumento de que hace mencion la historia sin mayor copia de datos, guarda cierta conformidad con el de la Isla, en cuanto al objeto augusto á que estan consagrados. Los dos pertenecen á los dias de su glorioso imperio, y ahora á la historia. Sensible es encontrar mutilada una parte esencial que me priva de dar una cumplida traduccion, pero conservándose la palabra *sacrum*, es ara sextiana, ó augustal indudablemente, con sus pruebas de exactitud en fechas, y con-

decoraciones, al estilo usual del siglo de oro: no es tan comun en el de la Isla, que mas notable y semejante al de los famosos templos consagrados á Augusto Deo en Tarragona, Mérida, Arjona, y Castro del Rio, que se suponen del año segundo del Imperio de Tiberio. 17 del advenimiento del Hijo de Dios, y 55 de la Era del mismo Augusto, es de mayor interés porque la historia carece de los hechos que nos revela, y porque un instrumento así causa sensacion en el mundo literario, mientras decide cuestiones que empañan el lustre de los tiempos mas lucidos de nuestras glorias.

Con esta luz pueden los aficionados á las antigüedades recorrer sin temor el inmenso y opaco horizonte en que sin guia ni timon se pierden, entregándose á merced de una voluntad sin fianza: con mina tan abundante explotar pueden las mejores riquezas de su penosa tarea; ella les ofrece un vasto campo de gloria, de heroismo y de virtudes con que exoruar los fastos triunfales de la independencia de la patria, por que tan justa y laudablemente se afanan.

JOSE MARIA ESCANDON.

ESPAÑA PINTORESGA.



La Catedral de Málaga.

Aunque no rica Málaga en monumentos, posee sin embargo una Catedral tan hermosa por su fábrica, como rica por los objetos artísticos que encierra. Obra

edificada según el gusto de la época del Renacimiento, es considerada por algunos como una de las mejores, al paso que otros echan de menos en ella el carácter

elegante y puro de la arquitectura corintia que al parecer trató de seguirse en el primer plan.

Se atribuye la planta de esta Catedral al célebre Diego de Siloe, de quien dice Juan de Arfe, que fue uno de los primeros que introdujeron en España la arquitectura greco-romana; y seguramente la magestuosa sencillez de sus formas y la regularidad de sus proporciones, son dignas del grande nombre que adquirió este insigne escultor y arquitecto. Supónenla otros obra del no menos famoso Juan Bautista de Toledo; pero no parece exacto este juicio si se atiende á la época en que tuvo principio la obra, anterior á su vuelta de Italia. En lo que no cabe duda, es en la aprobacion que le dió por los años de 1528 el arquitecto mayor de Toledo, Maestre Enriquez, pues así consta en cabildo celebrado en aquel tiempo.

Ignórase quién fuese el maestro mayor, hasta el año 1534 en que fue á reconocerla desde Córdoba, Hernan Ruiz; pero se echa de ver la decadencia que progresivamente ha ido sufriendo esta obra, por la falta de unidad en los capiteles de las columnas que sostienen la bóveda, y por el mal gusto de los adornos, tanto en el interior como en la fachada, sin embargo de estar ejecutados con suma delicadeza, especialmente los primeros. Parece que dirigió despues la obra Diego de Vergara, sucediéndole su hijo, quien la continuó hasta la dedicacion de este suntuoso templo, celebrada en 31 de Agosto de 1538. Desde esta época estuvo paralizada hasta el año 1592 en que se principió el coro, bajo la direccion del mismo Vergara, hijo; el cual habiendo fallecido en 1598 fue reemplazado por Pedro Diaz de Palacios. Consta que se hallaba en tal empleo en 1625, y que en 1631 se estrenó el mismo coro, á pesar de no estar concluido. Aquí se encuentra un vacío hasta 1719, en que aparece encargado de la continuacion de la obra, el arquitecto D. José Bada, á quien sustituyó D. Antonio Raimos, que murió en 1782.

No nos ocuparemos ahora de la descripcion interior de tan suntuoso templo, ni de las hermosas capillas que contiene en las que hay bellos cuadros de Alonso Cano, Mateo Cerezo y Jacobo de Palma, ni del hermoso coro y órganos que lo adornan. Nos limitaremos á describir la fachada, cuya vista presentamos en este número. Consta esta de dos cuerpos con ocho columnas de mármol de mezcla en cada uno, debiendo rematar en un pequeño frontispicio triangular que no está construido todavía. Las masas en general son muy buenas, y los grupos de columnas corintias que forman los partidos de los arcos, tienen bellas proporciones, guardando relacion el todo con lo anterior del edificio. Lástima es que esta fachada se hallé manchada con las chapas de mármol blanco y los ornatos del fondo de los arcos, que tanto deducen de la gravedad y elegante aspecto de la composicion, y del que presenta la esbelta y armoniosa torre concluida.

Los ingresos de los costados, que corresponden al uno y otro lado del crucero, están adornados cada uno con dos cubos ó torres redondas, de sesenta y tres varas de altura, conservando en su primer cuerpo, juntamente con los demas follajes y adornos de estas por-

tadas, todo el carácter original de la obra, el cual está marcado con mas especialidad por las figuras de bajo relieve, puestas en las enjutas de los arcos, prescindiendo de su ejecucion.

Este suntuoso monumento corresponde al sagrado objeto de su destino. « Aquellas inmensas bóvedas, dice D. J. M. Bremon, de quien hemos tomado esta descripcion (1), en que tantas veces se ha levantado el valsámico vapor de los inciensos, en que tantas veces han resonado los cánticos de amor al Supremo Ser, inspiran cierto respeto verdaderamente religioso; y algo mas parece que dicen tambien, al que en medio de las silenciosas horas de la noche, observa este gigante de piedra, colocado allí como emblema de la eternidad, al atravesar collado y receloso la solitaria plaza del Obispo. »

NOVELAS.

EMILIA GIBON.

HISTORIA CONTEMPORANEA.

XIII.

EPISODIO DE LA BATALLA DE LA ALBUERA.

Entre las diversas y multiplicadas acciones dadas contra los franceses, ninguna presenta tantas rasgos de valor, tantas muestras de serenidad y aplomo, tal denuedo y bizarría de parte de los españoles, los aliados y los enemigos, como la jornada que tomó el nombre de la Albuera, de la cual hablan con elogio todas las que han escrito la historia de la guerra de la independencia. Las tropas de las cuatro naciones llenaron allí su deber, defendiendo con teson sus respectivos puestos, atacando con ardor las huestes enemigas, y apenas cejando un palmo de terreno, aunque se viesen acometidas por dobles fuerzas. Individual y colectivamente se dieron, como asegura el historiador Maldonado, grandes pruebas de disciplina y denuedo, viéndose tendidas por tierra illas enteras en el mismo orden con que habian combatido. Sin ser injustos, no puede adjudicarse esclusivamente el laurel de la victoria á ninguna de los ejércitos, porque tanto los españoles como los lusitanos, lo mismo los ingleses que los franceses, ganaron prez y gloria en aquella memorable batalla, de corta duracion, pero encarnizada y sangrienta.

Eran las nueve de la mañana del 15 de Mayo de 1811, cuando dió principio la accion, saliendo los franceses de un bosque de encinas llamado *la Natera*, que fue por donde dirigieron el principal ataque. Recibidos con valor por los portugueses, quienes los acomet-

(1) Núm. 2.º del *Guadalquivir*, periódico de literatura y artes que se publicaba en Málaga.

tieron arma al brazo, y flanqueados por la brigada de Harvey, hubieron todos un momento; pero la caballería enemiga, numerosa y superior á la aliada, contuvo pronto el desorden, comenzando los franceses á asestar su artillería, para proteger en union con los ginetes, sus desechas y casi desbandadas huestes.

Regularizada á poco la accion, empezóse á combatir en toda la linea, haciéndose continuas y mortíferas descargas á medio tiro de fusil, y manteniéndose las tropas en sus respectivas posiciones. Entretanto principió á llover furiosamente, mezclándose el ruido de los aguaceros al estampido de la artillería, á la estrepitosa algazara de los franceses, y á las ráfagas de un vendaval impetuoso, el cual embarazaba los movimientos de las divisiones que formaban la primera linea.

Andaba brava la pelea, según el decir elegante del Sr. Conde de Toreno, entre los peones de ambos ejércitos, y la caballería se respetaba mutuamente, cuando unos cincuenta lanceros polacos penetraron á escape entre la primera y segunda linea de los aliados, quienes los recibieron sin perder serenidad. La segunda linea formada por el general Blake con el ejército español expedicionario, creyó rota la primera, é hizo fuego sobre los polacos que continuaban avanzando; mas luego que este general notó el corto número de enemigos que se le echaban encima, mandó cesar aquel, destacando unos cuantos ginetes, los cuales corrieron á recibir á los temerarios polacos.

Entonces se verificó allí una escena curiosa aunque horrible, de que ninguno de nuestros historiadores hace mencion, tal vez porque la hayan considerado de muy poca ó ninguna importancia para el éxito final de la batalla, ó quizá porque no habria llegado á su noticia, confundida con los mil episodios que presenciaron los campos de la Albuera.

Cuando la primera linea vió caer sobre ella el grupo de lanceros enemigos que á galope se dirigian á romperlas, creyó estarían apoyados por un numeroso cuerpo de caballería, y desconcertada algun tanto, no pudo resistir el repentino ataque de los polacos, que acrollándolo todo siguieron á escape, hasta que el fuego de la segunda linea les coartó. Repuesta la primera instantáneamente, cerró de nuevo sus filas, y sin volver la cara atrás, continuó haciendo frente á las divisiones enemigas, dejando al cuidado de sus compañeros el castigo de esos cincuenta polacos, encerrados entre las dos lineas.

Luego que Blake destacó contra ellos igual número de ginetes, se apagó el fuego un momento encendido, y quedaron sus tropas en inaccion completa, presenciando en silencio el duelo formal que se empeñó á poco. Media hora pelearon con encarnizamiento unos y otros sin ventaja conocida; treinta y tantos polacos y pocos mas españoles quedaron fuera de combate, y á pesar de esto, ni los primeros se rendian á la voz de perdon, ni los segundos se confesaban vencidos. Al contrario, se aumentaban el furor de aquellos y la valentia de estos, á medida que iban siendo menos los combatientes, y en ambos pelotones crecia la esperanza de vencer.

Aun no hacia una hora que se habia trabado la lid, cuando ya solo permanecian firmes seis ginetes: un coronel español y cinco lanceros enemigos. Muertos los mas, yacian tendidos en tierra; heridos los otros, arrastrábanse en el fango exhalando dolorosos ayes; y desmontados los demas, habiáanse unido los españoles á sus filas, y los polacos habian sido hechos prisioneros por la infantería.

Entonces el oficial enemigo se dirigió al coronel, intimándole se rindiese; mas este le invitó á un duelo particular de sable, que aceptó el lancero, mandando á los cuatro soldados no tomasen parte en aquella lucha.

Durante un cuarto de hora combatieron los dos bravos adversarios, mezclándose al ruido de sus sables las voces de *rindete!* y *arretez!* que uno al otro se dirigian, hasta que al fin recibió una herida el polaco, viéndose obligado á rendirse. Iba á entregar el sable á su vencedor, cuando los cuatro lanceros se arrojaron con harta villanía sobre el valiente coronel, quien irritado cargó sobre ellos, derribando al uno de una estocada, y dando al otro un furioso mandoble, sin dejarle empero fuera de combate. Hubiera indudablemente sucumbido, acosado por los polacos, que le acometian de frente y por la espalda, si un capitán que presenciaba impaciente aquella lucha desigual, no se hubiese lanzado rienda suelta á la pelea, afrontándose con los enemigos.

Disponíase uno de ellos á clavar su lanza al coronel, ocupado en hacer cara á los otros dos, cuando el capitán le asestó un golpe en la cabeza. Colérico el polaco, volvióse contra él, alcanzándole un lanzazo en el brazo izquierdo; mas pronto cayó á tierra herido mortalmente. No satisfecho el capitán, se encaró con los dos que amagaban al coronel, y derribó al uno de un pistoletazo. Entonces el otro metió espuelas al caballo, yendo á clavarse en las bayonetas de Blake.

Entretanto habia ido generalizándose la accion, y ya era tiempo de que la segunda linea tomase parte en la batalla. Dada pues la señal de ataque, disponíase el capitán á reunirse con su cuerpo, cuando el coronel le dijo:

«Tu nombre!»

—Bastante! gritó él, y partió á galope hácia donde se hallaba su escuadrón, mientras el bravo coronel corria á ponerse al frente del suyo.

Terminada la batalla, tomó posicion el mariscal Soult detrás de la Albuera, á media legua del campo en que se dió, y allí permaneció algun tiempo organizando sus destrozadas huestes. La caballería española siguió el aleance del enemigo, situándose con la division del general Lardizábal en el bosque de la *Natera* donde se estableció el vivac.

Serian las ocho de la noche cuando rendidos de cansancio la mayor parte de los soldados, yacian bajo las encinas reestados sobre sus mochilas, yendo á turbar su reposo el continuo alerta de los centinelas, los ayes de los moribundos, y el rumor de los que aun permanecian en torno de las fogatas, enjugan-

do sus vestidos y conversando con sus camaradas acerca de la lid empeñada aquel día, de los diversos lances en que se habían visto envueltos, de sus peligros, de sus proezas y de la bravura de los franceses, que se habían dejado acuchillar, clavados en el mismo sitio donde al principiarse la batalla pusieron el pie.

Hay en medio del encinar un antiguo castillo, en cuyos muros no han podido hacer mella ni la violencia de los elementos, ni el furor de las tempestades, ni la pesada acción de los siglos. Varios escuadrones tomaron posesión de él, y allí andaban revueltos hombres y caballos, gefes y subalternos, oficiales y soldados, maletas y sillas, sables y lanzas, pistolas y carabinas, cascos y gualdrapas. También como en el campo dormían ya los unos, los otros estaban tendidos á los pies de sus bridones; y muchos permanecían en pie en continuo movimiento, echando leña á las candelas, hablando con sus compañeros, cuidando sus caballos, y despojándolos del lodo que los cubría hasta las crines.

Entre este confuso rumor sobresalía la voz de un capitán que daba furiosos gritos, llamando á sus asistentes, disputando con ellos, amenazándolos una y otra vez, renegando de cuantos le rodeaban, arrojando terribles maldiciones, y votando por Dios y los santos. Tenía una herida en el brazo izquierdo, y el dolor le traía fuera de sí, lanzando espantosas imprecaciones contra cielo y tierra, pero especialmente contra el cirujano del escuadrón, que se hallaba en el hospital de sangre. Al fin se presentó aquel, y curándole de primera intención, se calmaron los dolores del capitán, quien empezó á hacerse mas tratable.

Entonces se acercó á él un coronel, diciéndole en tono de broma:

—Parece que el maldito del polaco habia mojado en veneno la punta de su lanza, según lo que te quejas.

—No me quejo, respondió el capitán; lo que hago es maldecir mi suerte, porque no podré guiar mi caballo en las batallas si llevo vendado el brazo.

—Yo te daré el mío, que oye la voz del ginete, y entiende lo que se le dice, ejecutando las órdenes de su dueño como pudiera hacerlo el mejor soldado con las de su gefe.

—Lo acepto, coronel, y en cambio te doy el mío, á quien puedes enseñar, porque es muy dócil en la paz, al paso que en las batallas se arroja al enemigo raudo como el viento, y furioso como un tigre, cuyo nombre lleva.

—Bien, capitán; y ahora cenaremos juntos, si es que te encuentras dispuesto á comer unos trozos de jamón que Patricio robó en Santa Marta. También tengo un frasco de buen vino que ha robado no sé en donde.

—Debe ser un guapo muchacho ese Patricio, dijo el capitán; venga ese vino, pues es el mejor bálsamo que puede aplicarse á las heridas.

Los asistentes se pusieron á asar grandes trozos de jamón, que comieron los dos camaradas, bebiendo sendos tragos de vino. Cuando hubieron satisfecho el hambre, dijo el coronel al capitán:

—Ya sé que te llamas Bustamante, pero ignoro si tienes familia.

—Si uno no ha muerto en América, contestó el capitán, debo tener dos hijos.

—¿Y el otro?

—Agregado á las tropas de Copons, anda repartiendo sablazos á los franceses... ¿Mas tú, cómo te llamas?

—Fernando Giron, Conde de Buena-Estrella; hace mucho tiempo que sirvo, perteneciendo en el día á las filas del ejército expedicionario.

Un rato permanecieron en silencio, hasta que el capitán preguntó al coronel:

—¿En qué piensas?

—Estaba formando un plan, respondió Buena-Estrella, raro por el sitio en que nos hallamos y las circunstancias que nos rodean. Tú tienes un hijo joven y valiente, y yo una hija linda y hermosa: ¿no podríamos casarlos?

—Todo consiste en que ellos quieran, contestó el capitán; desde ahora les doy yo mi consentimiento.

—Bravo! exclamó el coronel; bravísimo! Puesto que hemos venido á parar á una misma división, unámonos mas y mas, y hagamos todo lo posible para no separarnos. Siempre combatiremos juntos, y si terminada la guerra han respetado las balas á tu hijo, lo casaremos con la mía, y de este modo la religion consagrará unos lazos formados en medio de las batallas. ¿Qué te parece?

—Esecelente! has hablado muy bien. Ahora déjame dormir, porque me estoy cayendo á pedazos.

El coronel estrechó la mano del capitán, y envolviéndose en sus capotes, se tendieron uno al lado del otro sobre las mantas de sus caballos, quedándose á poco los dos profundamente dormidos.

J. MANUEL TENORIO.

MISCELANEA.

MAXIMAS Y PENSAMIENTOS MORALES.

Hay gentes que no saben perder el tiempo solos; son el azote de las gentes ocupadas.

M. DE BONALD.

No debe abandonarse el puesto sin permiso del que manda; el puesto del hombre es la vida.

PITHAGORAS.

Nada penetra tan dulce y profundamente en el alma, como la influencia del ejemplo.

LOCKE.

La amistad que se contrae en la adversidad, son mucho mas estrechas y duraderas, que las contraídas durante la prosperidad.

D'URFE.